

Las luces del sol muriendo  
 En las tardes placenteras,  
 Tu manto verde esmeralda  
 Bordan de rubíes y perlas.  
 Del crepúsculo en las sombras  
 Se levanta tu cabeza  
 Cual la de negro gigante  
 De los bosques centinela.

Cuando el águila cansada  
 De su marcha real aérea,  
 Busca do posar sus garras,  
 En tu copa las aferra;  
 Y entonces se ve orgullosa  
 De las aves á la reina,  
 En los brazos poderosos  
 Del monarca de la selva.

Por tu robusto y nudoso  
 Tronco las enredaderas,  
 Ansiosas de luz y ambiente,  
 Rebosando savia trepan.

Como vírgenes amantes  
 Te abrazan, miman y ruegan,  
 Y al besar tu augusta frente,  
 En blancas flores revientan.

Pareces entonces grande  
 Ramo de amorosa tierra,  
 Que ofreciesen á los cielos  
 Los genios de la pradera.

Como tú mi hermosa patria,  
 De vida robusta llena,  
 Busca la luz del progreso  
 Y de libertad la estrella.

Como tú sufrió valiente  
 Las tormentas de la guerra,  
 De sus hijos la desgracia,  
 Y aurora luciente espera.

Como tú también un día  
 Se ciñó su frente excelsa  
 Con las flores de la gloria,  
 De heroísmo y de grandeza.

¡Cuándo, cuándo la veremos  
 Levantarse fuerte y bella  
 Entre los pueblos hermanos,  
 Que por doquier la rodean,  
 Como te alzas tú arrogante  
 Sobre la extendida selva!

RAMÓN DE SANTIAGO.

1866.

## EL AMERICANISMO LITERARIO

### II

#### EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

A principios del siglo, rasgando inesperadamente la atmósfera de afectación y frialdad de la literatura de su tiempo con el soplo de la naturaleza y la pasión, un libro se publicaba en Francia que los corazones estrechados todavía por el horror de la tempestad que había pasado acogieron con íntima y ansiosa gratitud.—Tenía la oportunidad de la palabra que lleva al oído del enfermo acentos de piedad y ternura; hablaba en medio de una sociedad sacudida en sus cimientos

por el desborde de las pasiones humanas, del encanto de la soledad, del misterio reparador de los desiertos infinitos, y era como un soplo balsámico venido de Occidente para dulcificar el ardor de las frentes abatidas y sudorosas.

Aquel libro —la «Atala»— precediendo al que por impulso del mismo espíritu asoció á la palabra del hastío y la desesperación la poesía también de la soledad,—verificaba en el mundo literario la revelación de la naturaleza de América.

Esta virgen naturaleza estudiada como escenario de pasiones insólitas y hondas melancolías por el escritor de Bretaña, se manifestaba, poco después, como objeto de distinta contemplación y distinto sentimiento, en las obras del gran viajero cuya figura domina la historia científica de nuestro siglo desde cumbres que tienen la altura del Chimborazo que fué una vez su pedestal.

—El poeta-sabio del «Cosmos» no había llevado en su espíritu, al seno de las selvas y los desiertos americanos el acicate del dolor, ni la inquietud de la personalidad desbordada y rebelde el ansia insaciable de René, sino la huella de aquel ambiente sereno y luminoso que imprimió en la cultura de los grandes días de Weimar un sello de universalidad y armonía que no ha vuelto á presentarse jamás y que hizo de sus sabios hombres de fantasía y sentimiento, de sus poetas hombres de ciencia.

A la obra de la observación y del análisis armonizó el viajero, merced á esa norma de educación esencialmente humana y á la complejidad de su genio propio, una nota contemplativa que se confunde con la idealidad que hay en el fondo de toda investigación elevada en un solo espíritu poético. Grande y fecunda poesía que desciende, al modo de las corrientes majestuosas venidas desde las cumbres donde reina la perpetua paz, no del sentimentalismo egoísta que hace girar el espectáculo del mundo en torno á sus cuitas y dolores, sino de la visión amplia y serena en que se conciertan todos los altos dones del pensar y el sentir, todas las calidades y excelencias del alma, manifestando, como un reflejo de la unidad y armonía de la naturaleza inspiradora, el orden supremo del espíritu que la contempla.

Humboldt y Chateaubriand convertían casi simultáneamente la naturaleza de América en una de las más vivas y originales inspiraciones de cuantas animaron la literatura del luminoso amanecer de nuestro siglo; el uno por el sentimiento apasionado que tiende sobre la poética representación del mundo exterior la sombra del espíritu solitario y doliente; el otro, por cierto género de transición de la ciencia al arte, en que amorosamente se compenetraban la observación y la contemplación, la mirada que se arroba y la mirada que analiza.

En la naciente literatura americana debía germinar bien pronto la misma poderosa inspiración, como una de las formas naturales de la espontaneidad del sentimiento sustituida al tema convencional y á la imitación exótica.

La nota más intensa de originalidad que puede señalarse en las primeras manifestaciones de poesía americana, con relación á

las influencias y modelos de la literatura española, es la que procede del contacto con la naturaleza en que tomó aquella sus galas, no sólo por la real y poderosa originalidad de esta naturaleza, bastante a comunicar sello distinto y vida propia a la poesía que se acogiese a su seno, sino también porque el sentimiento poético del paisaje y la admiración de la belleza natural eran inspiraciones punto menos que desconocidas dentro de la tradición de aquella literatura.

Descartadas las descripciones de la égloga y la novela modelada a su imagen, por la falsedad del modelo puramente ideal y la palidez clorótica del tono; las de los épicos por detenerse en la exactitud desnuda y geográfica, o sustituir un escenario tomado de las reminiscencias de escuela o la propia fantasía a la verdad de la observación; y limitado a derivaciones más o menos modificadas de la misma égloga y al sentimiento horaciano de la soledad, el amor de la naturaleza en los líricos, sólo por excepción puede notarse, en la contemplación inspirada de la «Noche serena», en ciertos pasajes del Romancero y el Teatro, y en medio de la agreste frescura de la lírica popular anterior al Renacimiento, la impresión directa y sentida de la naturaleza exterior.

Los épicos de la conquista apenas habían fijado su atención en la espléndida naturaleza que les brindaba su copa de poesía desbordante.—«La Araucana» no ofrece otra página realmente hermosa de descripción que la del valle fabuloso que dentro del convencionalismo descriptivo de los clásicos puede rivalizar con la de la isla embalsamada de Camoens y la del alcázar encantado que el Tasso imaginó para su Aminta.—La contemplación de la noche en el desierto sólo sugiera al Arcediano Centenera el pretexto de un vano sueño mitológico. La naturaleza tropical era apenas, para Peralta y Barnuevo, objeto de una enumeración de herbolario.

Ellos dejaron virgen el tema que debía ser hallazgo dichoso del propio espíritu de América.

En los años en que Humboldt visitó la Caracas espiritual y pensadora de las postimerías del régimen colonial, brillaba en sus tertulias literarias la personalidad de un poeta adolescente que cultivó el trato del sabio y le acompañó en algunas de sus excursiones científicas.—Estaba reservado a aquel poeta, en cuyo espíritu no debía desvanecerse jamás la huella dejada por la palabra del viajero, la gloria de ser uno de los dos grandes iniciadores del sentimiento de la naturaleza de América en su literatura propia; y fué, en gran parte, obra de la virtud inspiradora de aquella amistad intelectual y del ejemplo de los «Cuadros» y los «Paisajes» de Humboldt, el sentimiento estético que acendrado por una larga preparación del pensador y el artífice estimulado por la inteligencia clara y profunda de la descripción de los clásicos, produjo, como tardía fructificación, el canto majestuoso y severo en que Bello armonizó con la exhortación a la labor y la paz dirigida a las nacientes nacionalidades del Nuevo Mundo, el laor de la naturaleza que les brindaba sus dones.

Poco antes de que la silva de Bello viese la luz en las páginas de aquel «Repertorio Americano» que fué como gallarda ostentación de la inteligencia y la cultura de la América libre en el seno de la vida europea, habíanse publicado en Nueva York los versos de un desterrado de Cuba cuyo nombre debía tener para la posteridad la resonancia del Niágara a que aquellos versos daban ritmo.

El sentimiento de la Naturaleza en poesía americana era una realidad consagrada por dos obras de genio, y se manifestaba por dos modos de contemplación esencialmente distintos. En la una, de serena objetividad; de pasión intensa en la otra.

La naturaleza es para Bello la madre pródiga y fecunda que inspiró, por la idealización de la abundancia y la labor, el utilitarismo delicado de las «Geórgicas».—Para Heredia es el fondo del cuadro que dominan la desesperación de René o la soberbia de Harold, la soledad bienhechora del que sufre, una armonía cuya nota fundamental está en el sentimiento reflejado en los ojos que contemplan.

Bello nos da la perfección en la poesía estrictamente descriptiva, en la representación de las formas sensibles de la naturaleza por la imagen que reproduce todas las variaciones de la línea y todos los tonos del color; pero Heredia, poeta de la intimidad, poeta del alma, sabe traducir al lenguaje de la pasión las voces de la naturaleza y muestra condensadas en las exterioridades de la imagen las emanaciones del espíritu.

A esta superioridad de sentimiento é inspiración debe aún agregarse la superioridad pictórica que resulta de haber Heredia reproducido un cuadro determinado y concreto, y haberse limitado el autor de la silva a la agricultura a decorar una composición de índole especialmente didáctica con ciertos toques descriptivos que no se ordenan en un conjunto armónico y viviente, ni adquieren la unidad de un paisaje real.

Por otra parte, una inspiración derivada del eco blando de las «Geórgicas» no era la más apropiada para trasuntar la poesía de los desiertos en su magnificencia salvaje, en su majestad primitiva.

Bello entona su canto a los dones generosos de Ceres,—a la labor futura que hiciera esclava del esfuerzo humano la naturaleza indómita y bravia,—no a la espontaneidad selvática de esta naturaleza, en que estaba precisamente su poesía peculiar.

En nuestros pueblos del Plata, la revelación del sentimiento literario de que hablamos no se manifestó plenamente hasta llegada la época de Echeverría.—Labardén había cantado, en forma mediocre, al Paraná, en los últimos tiempos de la colonia.—Los rasgos descriptivos que puedan señalarse en algunas composiciones de los poetas de la Revolución, como simples accesorios del cuadro, se refieren a la perspectiva de la *edad de oro* que ellos imaginaban en lo futuro, y presagian los dones de la tierra fecundada por la paz.—Así Luca en su profecía del porvenir de Buenos Aires, y el poeta de Ituzaingó tratando análogo tema. La observación de las peculiaridades de la naturaleza indígena había permitido a nues-

tro Larrañaga imprimir el colorido local en las formas sencillas del apólogo.

Juan Cruz Varela, en un discreto examen del legado transmitido por la época literaria que tuvo en él su más alta personificación a la que se anunciaba en los ensayos de la juventud que había de rimar «La Cautiva» y escribir el «Facundo», constataba en 1828 la total ausencia del tema descriptivo en las composiciones de los poetas de su tiempo, y lo señalaba como una de las notas destinadas a hacer vibrar preferentemente en lo porvenir el espíritu de la poesía americana.

La descripción de la naturaleza, realizada por el sentimiento íntimo de su hermosura y las galas de la imaginación que la refleja, ofreció a la pluma de Alberdi sus primicias y tuvo brillante manifestación en uno de los ensayos de la adolescencia que hicieron destacarse, sobre todas, su personalidad en el grupo que se inició en la vida pública bajo la inspiración de las ideas de reforma social y literaria lanzadas por Echeverría.

La tierra encantadora de su nacimiento brindó el más hermoso de los motivos de descripción que podían haber iniciado el nuevo género, y la novedad y frescura de la inspiración obtenida de un tema inexplorado se une a la magnificencia de la realidad que la obra reproduce para comunicarle cierta juvenil é ingenua lozanía.

El influjo de aquella mezcla de observación y sentimiento que había convertido, desde Juan Jacobo y Bernardino de Saint-Pierre, el amor de la naturaleza física en una de las más fecundas inspiraciones del arte literario, se hizo sentir por vez primera en la literatura argentina por la «Memoria descriptiva» de Alberdi, que también acertó a expresar la sentida admiración de la belleza natural y el arrobamiento de la contemplación melancólica en las «Impresiones de un viaje al Paraná» con que inició la descripción de la espléndida naturaleza que Marcos Sastre había de reflejar, años más tarde, en páginas de singular hermosura.

La poesía, entre tanto, despertaba animada de nueva inspiración, reflexiva y serena en el silencio que había sucedido al estruendo de las armas, atenta al eco lejano y melodioso del romanticismo; y ciertas páginas de los «Consuelos» anunciaban ya al gran promotor del sentimiento literario cuyo proceso de manifestación investigamos, en el intérprete de las intimidades del corazón.

«Leyda», «Regreso», «Flor del aire», afirma Alberdi que en su juicio de la obra de Echeverría supo acertadamente apreciar la nota de originalidad que aquel sentimiento comunicaba al espíritu y la forma de la nueva poesía,—dejaban entrever, ya en el fondo, ya en los accesorios, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza.»

El verdadero impulso de innovación no se manifestó, sin embargo, hasta el poema que lanzado al par de la idea generosa y fecunda formulada en el credo de la «Asociación de Mayo», se armoniza con esta otra iniciativa de reforma para determinar los orígenes de una época nueva en la orientación de los espíritus.

Al significado de aquel poema se identi-

fica hoy la parte segura, inconmovible, de la gloria literaria de su autor, y su legado impercedero transmitido al porvenir de la poesía americana.

El poeta de la regeneración social y política vivirá, más que por la excelencia de su arte, por la grandeza del propósito y la originalidad del pensamiento que propagó y en el que germinaba la solución futura del problema fundamental de la nacionalidad, la idea que determinó su forma orgánica; el poeta individual de los «Consuelos» no despertará en el porvenir, como no la despierta ya en nuestros corazones, la resonancia que en el espíritu de la generación a cuyo ser interno dió la expresión de las primeras notas que vibraron en el acento de nuestra poesía dictadas por el numen de la confidencia y el ensueño románticos; pero la gloria del colorista vive la vida inmortal de la naturaleza y está afianzada en la inmutabilidad del aspecto más característico del suelo donde ha de afirmarse el mármol que perpetúe su imagen y su memoria.

Mientras se agite sobre el haz de la tierra el alma argentina, serán una parte de su ser y un elemento de la poesía que nazca en sus entrañas, la sensación y el sentimiento de la infinita llanura, y mientras ellos sean peculiaridad de su existencia nacional é inspiración de sus poetas, el pórtico de «La Cautiva» tendrá la eterna oportunidad de la forma que los condensa en molde típico y acabado, a la manera como se perpetuará la imagen de las Praderas en el canto de Bryant ó la de la selva del trópico en el poema de Araújo.

Y a la realidad y la intensa vida del cuadro, por las que vive unido indisolublemente a la objetividad de la naturaleza, se armonizan en aquella descripción un sello personal, una nota de sentimiento íntimo, que la vinculan con igual fuerza é indisolubilidad al espíritu reflector del paisaje, y hacen de ella la más cumplida expresión de su carácter poético, de su fisonomía moral, de su índole afectiva.

Para quien haya estudiado, en efecto, al hombre, al poeta, al pensador, es cosa fácil reconocer en la soberbia imagen del desierto el *tinte de su alma*, y es lícito afirmar a la vez que cuando reprodujo aquella escena grave y solemne en su inmensidad impregnada de tristeza infinita, trazó inconscientemente un trasunto del cuadro que su vida austera y melancólica, pasada en la penumbra del reflexivo destierro, alejada de las tempestades de la acción, vibrante en la propaganda de un pensamiento grande y único, ofrece en la perspectiva de los tiempos a la contemplación de la posteridad.

No de otra manera el vuelo magestuoso y el apacible colorido de la silva de Bello parecen ser el símbolo de la noble serenidad, del desenvolvimiento sosegado y fecundo de su existencia transcurrida en los afanes de un magisterio ejercido sobre hombres y pueblos. No de otra manera ofrece el Niágara, en el vértigo de su caída, la imagen de la existencia procelosa que armonizó con el eco de los hervores del torrente la confesión de su nostalgia y su dolor.

Ese carácter de intimidad que asoma bajo apariencias de objetivismo en la descripción del desierto, imprime más definitivamente su nota al canto en que por vez primera era pronunciado el nombre del Plata con la entonación de la verdadera poesía, y que Avellaneda creía destinado a vivir mientras un pecho humano respirase en sus márgenes,—modelo de contemplación esencialmente lírica, apenas alterada por algún toque de descripción, más lírica y menos descriptiva que el «Niágara» de Heredia, para escoger un ejemplo en que la manifestación individual del sentimiento y la reproducción de la naturaleza exterior están perfectamente compartidas, porque en el canto que hemos mencionado aparecen casi exclusivamente el sentimiento, la impresión, el eco que levanta en el alma la escena que se desenvuelve en torno suyo.

El poeta de la desnudez austera de la Pampa aspiró a ser también el poeta de la altiva majestad de la Cordillera y de la vida lujuriosa del trópico.—«Avellaneda», a la glorificación del martirio y la robusta afirmación del credo de libertad y cultura por las que merece ser recordado entre las inspiraciones más generosas de su época,—une las galas de una descripción excepcionalmente primorosa.—El canto inolvidable, voluptuoso, lleno de luz, flotante en una atmósfera de aromas, rimado con una gallardía que estuvo lejos de ser el atributo constante de la versificación de nuestro poeta, que sirve de portada a la narración, permanecerá entre los más vivos reflejos literarios de las magnificencias del Nuevo Mundo. Hay en la forma una visible reminiscencia del contorno de la descripción pomposa de Abydos en el poema de Byron: «Conoceis la tierra encantadora donde el ciprés y el mirto son emblemas de dones diversos de sus hombres?» pero en el sentimiento y el color, el cuadro es admirable por la imitación directa de la naturaleza; y se armonizan dignamente con él los que en otros pasajes del poema reproducen la majestad del Aconquija, la vegetación tropical iluminada por la aurora y el desmayar del ocaso en las montañas.

Debe añadirse aún a los títulos del gran innovador, como intérprete de la contemplación penetrante y sentida de la naturaleza, ciertos fragmentos del «Peregrinaje del Gualpo» boceto en prosa de un poema modelado en el plan del «Child Harold», que no llegó a versificar, y las «Cartas íntimas» en que se manifiestan las impresiones de un período de decepcionada reclusión en la soledad de la Pampa,—páginas acertadas y conmovedoras que hoy nos parecen más empapadas en la humedad del sentimiento que la mayor parte de la obra lírica de su autor, y en las que el propio abandono de la pluma, librada a la soltura sin reatos de la confidencia, vuelve más hermosa la ingenuidad con que se traduce en palabras la expansión del ánimo inquieto y dolorido en el seno de la reparadora soledad.

La descripción de la naturaleza que Echeverría convirtió en suprema inspiración de poesía, fué levantada a las más altas mani-

festaciones de la prosa literaria por el autor del «Facundo».

Las páginas de descripción de aquel gran libro forman, efectivamente, un magistral fondo pictórico el magno cuadro del duelo de la Civilización y la Barbarie, y contribuyen a darle el valor de síntesis épica de la vida de un pueblo.

La imagen de la Pampa infinita que extiende «su lisa y velluda frente» desde los hielos del Sud hasta la región de los bosques,—apenas interrumpida en su taciturna soledad por el golpe del *malón* ó el paso tardo de la caravana de carretas,—circunda, desvaneciéndose en insondable perspectiva, el escenario; y dentro de él aparecen la naturaleza encantada de Tucumán, soberbiamente reproducida en un cuadro donde la gracia y pureza del contorno rivalizan con la magnificencia del color; la árida *travesía* sobre cuya superficie desolada, como Macbeth en páramo siniestro, surge a la acción del drama la figura sombría de Facundo; el grave aspecto de la Ciudad monástica y doctoral; el paisaje austero y desnudo de los llanos y las serranías de La Rioja.

Comparte con «Civilización y Barbarie» la más alta representación de la prosa descriptiva en la literatura de su época, la obra que Marcos Sastre consiguó bajo el título de «El Tempe argentino», sus impresiones de la naturaleza en cuyo seno había buscado, en medio de la tempestad de las pasiones desencadenadas, el olvido y la paz.

Es un libro que participa de la naturaleza de las «Geórgicas», en cuanto une como ellas al propósito útil, hermozeado por la idealización del retiro y la labor, la esencia poética y el sentimiento delicado.—No están exentas sus páginas de rasgos de trivialidad y de mal gusto, ni de afectación declamatoria, pero la impresión del conjunto es de una íntima sinceridad y una sencillez sentida y suave.—En los capítulos donde prevalece la nota contemplativa suelen notarse huellas de imitación ó de retórica. El libro vale más por aquellos que revelan una investigación original y directa de las peculiaridades de la naturaleza indígena, estudiada con verdadero amor y precisión cuidadosa del detalle.—Pone a menudo Marcos Sastre en la observación del mundo irracional cierto interés afectuoso, cierta ternura, que recuerdan la expansión sentimental de Michelet. Hay páginas del «Tempe» que evocan, según acertadamente observó su prologuista, las impresiones de «El Insecto» y «El Pajaro».—En suma, como obra de observación y obra de sentimiento, reveladora de las intimidades de un alma ingenua y dulce y los encantos de una naturaleza hasta entonces casi desconocida, tiene la de Marcos Sastre valor propio y merece la atención de la posteridad.

Habíase propagado, entre tanto, y determinaba la nota más intensa y distinta en la poesía de la época, el ejemplo que la gloria de «La Cautiva» prestigiaba.

Casi simultáneamente a las manifestaciones primeras del sentimiento de la naturaleza local en el lirismo del autor de los «Consuelos» y los «Rimas», Juan María Gutiérrez comunicaba igual inspiración al

verso esbelto y grácil de que tuvo el secreto y que fué en sus manos una forma flexible á toda novedad oportuna, á toda discreta innovación, sin mengua de la serenidad constantemente prevenida del criterio y el gusto.

Dentro de la originalidad americana su sello personal fué conciliar á la manifestación de las tradiciones propias y al sabor de la tierra, cierto suave aticismo, cierto secreto de delicadeza plástica é ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma.—Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol exquisitamente cincelado y llevan en sus melódicos acentos algo de las blandas melancolías de la Ifigenia de Racine ó la Cautiva de Chénier.—En el paisaje puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque é igual desvanecimiento apacible del color.—Dueño de un pincel de seda, se complajo en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cuadros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma.—Robó á la naturaleza regional los más encantadores secretos de su flora, y supo representar hermosamente la sensibilidad sutil del «caicobé», el trémulo balanceo de la «flor del aire» á quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del «aroma» cayendo sobre el suelo abrasado por los rigores del estío.

Deben mencionarse, el par del nombre y la obra del vencedor en el Certamen de 1841, los del intérprete inspirado del odio que fué suprema suprema energía, estímulo supremo, en el alma de aquella generación.

Cúmplese en la gloria de Mármol la ley de reacción inevitable, la «ley de Némesis» de que habla Bourget á propósito del poeta de las «Meditaciones», y al desbordado entusiasmo ha sucedido la dura indiferencia.—Le separan de nuestro gusto la afectación declamatoria, la verbosidad incontentada, el desaliño habitual, ciertas galas de retórica candorosa, cierta afición por el martilleo monótono del ritmo, y su lectura parece haberse trocado, salvo muy escasos fragmentos, en tarea de erudición.—En las sanciones definitivas del futuro habrá, sin embargo, un despertar de buena parte de aquella gloria, sin duda engrandecida en la opinión de los contemporáneos por la suprema oportunidad que tuvo la evocación del yambo de Arquíloco y Chénier, falto de precedentes en la poesía de habla española, para sellar la execración de la tiranía en la forma más alta é ideal del acento humano; pero suficientemente justa para durar después que se ha desvanecido la pasión que congregaba alrededor del canto del poeta un coro de vibrantes entusiasmos.—La lava de aquellos odios tendrá firmeza de granito para la posteridad, y entre las más altas manifestaciones del sentimiento literario de la naturaleza americana se recordarán siempre ciertas páginas del poema en que el bardo de las iras patrióticas vinculó á sus nostalgias é indignaciones de proscrito sus impresiones de viajero.

Menos contemplativa y melancólica que la de Echeverría, la índole descriptiva de Mármol es más sensual y ostentosa.—Hay más intensidad de sentimiento en la manera propia del autor de las «Rimas» y en la de Mármol más brio de imaginación.—Diríase que la descripción del uno refleja la naturaleza como las aguas tocadas por la penumbra de la tarde, la del otro como la superficie del mar bruñido y encendido por el rayo del sol meridional.

Degenerando á menudo, cuando se propone la expresión de lo íntimo, en remedos vulgares ó mediocres, el poema de Mármol se levanta á mucho mayor altura en la descripción, y ofrece como motivos de interés á nuestro objeto, además del canto verdaderamente esmaltado por la luz de los trópicos que casi todas las antologías americanas han reproducido y se complementa, en otros pasajes de la narración, con la imagen de las «coronas de esmeralda» y la «arqueología de torrentes» del Tijuca, ciertos fragmentos de lirismo brillante, inspirados en la contemplación del mar y el cielo, y una vigorosa síntesis descriptiva de la «región del Sud» á que se vuelven las miradas anhelantes del desterrado.

Tiene también su puesto de honor en esta reseña el poeta del «Celiar», víctima en parte de igual reacción de indiferencia y desvío.

La significación del poema que consagró la gloria de su nombre está, más que en la pintura del escenario, en la del actor, considerado atentamente, por vez primera, en su psicología y sus costumbres; pero hay otras manifestaciones de su producción que abonan sus títulos de poeta descriptivo.

La nota peculiar que puso Magariños Cervantes en la observación de la naturaleza, tal como luce en las páginas de aquellas obras de su juventud que guardan la mejor y hoy menos conocida parte de su labor literaria, consiste en cierta interpretación simbólica, inspirada en un elevado didacticismo, atenta siempre á traducir la imagen de lo externo en una idea ó un precepto moral.

Así, la onda petrificadora del río que cruve en su malla de sílicea firmeza cuanto cae en sus aguas, expresa para él la inmortalidad del nombre que la gloria redime del olvido, y el fuego que provoca el incendio inmenso de la selva cuyos despojos fertilizarán el suelo arrasado, la obra destructora de las revoluciones que preparan en las sociedades humanas el orden verdadero y fecundo. Así, las improvisaciones de la cultura triunfante que invade el seno del desierto y levanta, como por una mágica evocación, la ciudad altiva y poderosa sobre las huellas del aduar, tiene su imagen en la isla repentinamente formada del *camalote*, y la virtud tenaz que triunfa de la multitud indiferente y egoísta, en el manantial de aguas dulces que brota, rasgando el seno de las ondas amargas, en la inmensidad del Océano. Así, la marcha lenta y segura de la idea que labra inaparentemente su alvéolo en la conciencia humana hasta revelarse súbita é irresistible en la acción, se simboliza por la subterránea corriente del «Tucumén» al aparecer voraz

y poderosa en la superficie; el mandato providencial de la fraternidad de nuestra América como suelo de una patria única, está en el eslabonamiento ciclopeo de los Andes, y el signo de la idea redentora que encierra, con la más alta expresión del ideal humano, las promesas de la tierra del porvenir, en los «brazos abiertos» del Crucero que preside la magestad solemne de sus noches.

Una consideración de la naturaleza fundada en este constante propósito ideal es ocasionada, sin duda, á las exageraciones prosaicas de la alegoría y el símbolo, vedando la contemplación desinteresada de las cosas que se complace en su propia realidad y belleza, ó sustituyendo á la expresión del sentimiento natural y espontáneo un procedimiento de interpretación puramente intelectual; pero como peculiaridad y rasgo característico de un poeta es interesante y hermosa la idea de vincular por tal medio interpretativo la naturaleza y el espíritu americanos, descifrando en las formas y accidentes más característicos de aquella la expresión de ideas relacionadas con los hechos presentes ó los secretos del porvenir.

Era nuestro objeto reproducir en sus lineamientos capitales la iniciativa generadora de la expresión de la naturaleza física como elemento de literatura genuinamente americana.—Otras inspiraciones de americanismo reclaman ahora nuestro interés.

Sería motivo de interesantísimo estudio, del género consagrado por Laprade en páginas que permancecerán entre las más sentidas y hermosas de la crítica de nuestro siglo, una detenida consideración del sentimiento literario de la naturaleza de América que añadiese el examen de las manifestaciones de iniciación que en parte hemos mencionado; el de los que las continúan y completamente en las obras de las últimas generaciones.—Puede afirmarse que ellas mantienen sin decadencia aquella inagotable inspiración de poesía.—Recordemos sólo la visión amplia y sintética de Andrade, su extraordinario poder para los cuadros de conjunto, su pasión hugoniana por todas las sublimidades de la fuerza y la extensión que la hace unas veces el poeta incomparable de lo inmenso, el «poeta de las cumbres», y le lleva otras á sustituir, tal como en el prefacio de la «Atlántida» al orden y la verdad de la naturaleza, la arbitrariedad de la imaginación en delirio; el sentimiento intenso y grave con que Ricardo Gutiérrez traduce al lenguaje de las almas «las voces de la tierra y el cielo» en los cuadros de «Lázaro» y la melodía arrobadora de «La Oración»; la atmósfera serena, el paisaje luminoso é idílico de Rafael Obligado; la mágica virtud con que se penetra en el espíritu de las cosas y el arte con que se armonizan verdad y fantasía en las admirables descripciones del «Tabaré.»

No se manifestaría el sentimiento de la naturaleza menos fecundo en la producción literaria de otras secciones de América ni ofrecerían tema menos interesante de estudio el cántico voluptuoso de Flores en loor de la naturaleza y la vida, la contemplación apasionada de Pombo, la geórgica realista de Gutiérrez González.

En el próximo artículo de esta serie con-

sideraremos el elemento de originalidad y americanismo representado por la expresión de las tradiciones y costumbres propias.

JOSÉ E. RODÓ.

## AL MAR

No la musa gentil de los amores,  
la musa de la cética ternura,  
aquella que en mis sueños ideales  
flotó, ceñida de silvestres flores  
y lauros inmortales,  
casta, feliz y eternamente pura.  
No la voz impregnada de dulzura,  
ni la trémula lira que rendido  
pulsé para cantar á la hermosura.  
¡Guarde, sin profanarlas, el oído  
esas de mi locura,  
esas de mi ventura  
inefables visiones que arrullaron  
de mi vida el albor, y vaporosas  
fantasmas del Edén, raudas volaron  
como nubes y aéreas mariposas!  
En abrupto peñón, erguida almena  
alzada por la mano del Eterno,  
grillete acaso, ó colosal cadena  
domadora del monstruo de ese averno,  
de ese iracundo mar, que como infame  
adulador, sus ímpetus refrena  
y así sumiso lame  
con sus olas hipócritas la arena,  
estoy de pie.

¡De bronce un arpa dame  
¡oh numen inmortal! Hábito ardiente  
mi corazón y mi cerebro inflame!  
Sus ánforas de luz en mí derrame  
la inspiración bendita; arda mi frente  
como el incendio de un volcán, de hinojos  
caiga sobre el peñón, del arpa al peso,  
y de las sombras gladiador ileso,  
airado mar, mis ojos  
recorran tu extensión! Gélido beso  
impriman las borrascas en mi rostro,  
y en la actitud en que tu furia arrostra  
sea mi voz potente,  
la del recio pampero,  
la del ronco torrente,  
que así cantarte sin temores quiero!  
No de otra suerte, alzando el férreo escudo,  
el atleta ceñudo,  
en alto el brazo y la rodilla en tierra,  
rechaza el golpe rudo  
del rival que combate en noble guerra.  
¡Ni tu poder me aterra,  
ni tus furias me espantan!  
¡Vengan todas á mí, las desafío,  
que como en tí, las olas se agigantan  
del pensamiento mío!  
¡Dárienda suelta á tu pujante brio!  
¡Revuelve tus melenas  
entre musgós y arenas!  
¡Yérguete al infinito,  
y como turba que el infierno evoca,  
sacude tu marasmo!  
¡Levanta tus cabezas erizadas!  
¡Mírame de hito en hito,  
y cual dragón de inmensurable boca,  
en estridente y destemplado grito  
arrójame á la faz con tu sarcasmo  
la baba del rencor que te sofoca!  
¡Oh ven, ven, mar maldito  
que á mis pies contra el áspero granito  
deshecho te veré! ¡Sus! Al combate!  
Obedece á mi voz, monstruo terrible,  
y cual corcel que siente el acicate  
su crin de espumas fragoroso agita  
creyendo el fiero golpe irresistible.  
Ataca el mar, pero al primer embate  
le repele el peñón inmovible.  
Le repele el peñón. Lacias espumas